

Democracia acelerada y periodismo bajo sospecha

Francesc-Marc Álvaro
Universitat Ramon Llull y *La Vanguardia*

Nos enfrentamos a tres crisis solapadas en estos momentos. Una crisis de la democracia como sistema político, que se traduce en una creciente desafección ciudadana; una crisis del periodismo, que tiene que ver con el modelo de negocio, la caída del consumo de papel y la credibilidad (no de todos los medios y de todos los periodismos por igual, hay que precisar); y una crisis de la mediación en las sociedades desarrolladas.

El periodismo es mediación y la política también lo es. Ambas actividades están bajo sospecha ciudadana, dado que existe una demanda creciente de transparencia y se exige un conocimiento inmediato y detallado de los hechos que están relacionados con todas las decisiones que afectan la vida de las gentes. El escrutinio público y continuado de los poderes que el periodismo debe realizar como una de sus misiones fundacionales es percibido como insuficiente o débil, precisamente cuando el ciudadano se siente más amenazado por las maquinarias comunicativas de instituciones públicas y grandes corporaciones. Las últimas encuestas en España demuestran que la reputación de los periodistas ocupa los últimos lugares de la tabla junto a la de los políticos y los banqueros.

Con todo, pienso que el fenómeno que produce mayores dislocaciones y fracturas en el periodismo como articulador cabal del debate democrático es la velocidad con que se narran los acontecimientos en relación a la velocidad con que se toman las decisiones en Parlamentos y Gobiernos. La toma de decisiones en democracia exige tiempo: para conocer con profundidad los problemas, para valorar y debatir, para considerar los efectos de las acciones, para alcanzar perspectivas de resolución. Para tejer coincidencias, crear consensos, buscar equili-

brios, etcétera. Los medios se han acelerado de manera extraordinaria mientras la política sigue unida a procesos de ritmo mucho más lento y reposado, lo cual choca con las expectativas ciudadanas de respuesta automática, alimentadas de manera inercial por el discurso periodístico que —como sabemos— sustituye el presente por la actualidad.

El tiempo mediático rompe —desgarra, para ser más exactos— la lógica de la política tradicional y, con ello, plantea un desafío muy complejo a los políticos, los funcionarios y los periodistas. ¿Qué deben hacer unos y otros? Mientras los ciudadanos tienden a pensar que las decisiones políticas son relativamente fáciles porque todo se puede transmitir y conocer en cuestión de segundos, los representantes democráticos y los profesionales de las administraciones se enfrentan a un *deber de comparecer permanentemente ante el público* y a un *deber de resolver con eficacia*, dos objetivos que no siempre van de la mano y que pueden ser, incluso, antagónicos. Lo uno puede entorpecer lo otro. El mito posmoderno del político como un comunicador antes que un hombre de acción desfigura lo esencial de la tarea del gobernante y somete lo importante a lo urgente, aunque debemos admitir que, a veces, lo urgente se convierte en lo único realmente relevante. Esta aceleración del relato de y sobre la política nos proporciona casos especialmente interesantes para el análisis. He aquí tres ejemplos de naturaleza muy diversa: los atentados del 11-M de 2004 en Madrid; las polémicas vinculadas a la familia real española; y los rumores sobre la solidez de los gobiernos de Zapatero y de Rajoy en la información económica internacional.

Esta aceleración puede facilitar el imperio de la conjetura en vez del dato comprobado, por una razón técnica pero también de tipo moral. En este sentido me parece oportuno citar lo que ha escrito Daniel Innerarity (2004:181):

«A medida que crece la aceleración de la historia, el análisis objetivo de las situaciones tiende a ser sustituido por la futurología. Si ver significa siempre anticipar, esta previsión resulta mucho más necesaria en una civilización dinámica, en la que quien sólo se atiene a lo que pasa no comprende ni siquiera lo que pasa. La imaginación ocupa una buena parte del espacio que era propio de la observación».

Quizás por ello proliferan los periodistas y tertulianos que, en vez de ocuparse de lo que está pasando, se ocupan de lo que pasará, que es siempre lo que pasaría o —muy a menudo— lo que a cada individuo o a cada grupo le puede interesar que finalmente pase. La tarea de clarificar el presente queda postergada en beneficio de una lucha de especulaciones y proyecciones de parte, una batalla en la que lo real se evapora y se convierte en irrelevante, algo prescindible para muchos oficiales de la confusión.

En este contexto, considero que existen cinco grandes riesgos que deben ser evitados por los periodistas que se dedican, sobre todo, a la información que llamamos política y por las empresas que, de una forma u otra, ejercen esta misma actividad ante audiencias de cierta entidad:

1. Sobrerrepresentación de las posiciones extremas en el debate democrático y en la configuración de los climas de opinión. Sustitución de la tendencia por la información de trincheras y el sectarismo, que rompen el compromiso con la verdad. Protagonismo de *trolls* y demás elementos que diluyen las reglas de responsabilidad/libertad del diálogo democrático.
2. Eliminación de la complejidad y de los matices de los discursos que deben acreditar la acción de los políticos. La simplificación acaba achicando el perímetro del debate hasta hacerlo impracticable.
3. Exigencia ansiosa de respuestas inmediatas a problemas cuyo diagnóstico requiere tiempo y perspectiva. El periodismo se convierte -de forma inadvertida- en estimulador de reacciones colectivas movidas por impresiones vagas, rumores, conjeturas y ruido.
4. Sustitución progresiva del periodista por el activista, el director de comunicación, el gestor de contenidos, el asesor de imagen y demás figuras afines que frecuentan el lugar de los mensajes.
5. Multiplicación del periodismo declarativo sin contexto explicativo, generado exponencialmente a partir del espejismo de la eliminación del mediador periodista y la interacción supuestamente directa entre los actores del hecho político y el público-ciudadanía.

A partir de aquí, aparecen muchos interrogantes, algunos muy recurrentes. ¿Quién es periodista y quién es fuente? ¿Qué es información y qué es conocimiento? ¿Qué es ruido y qué es rumor? Podemos ampliar el campo de las incertidumbres. ¿Ayudan las redes sociales a comprender el proceso de toma de decisiones de nuestros representantes democráticos? ¿Ayudan las redes sociales a ampliar el campo de la discusión democrática? ¿Ayudan las redes sociales a dar mayor calidad y profundidad a la discusión ciudadana en situaciones de libertad? ¿Cómo ayudan las redes sociales a desarrollar lo que la teoría de los movimientos sociales denomina acción colectiva? ¿Qué tipo de influencia proporciona la emisión de mensajes en las redes sociales? ¿Cómo se relaciona esta influencia con la influencia de los medios convencionales? ¿Puede gobernarse en conexión permanente con el público sin caer en el populismo, la arbitrariedad, el desconocimiento cabal de los datos y la simplificación?

Muchas son las preguntas y la complejidad que las rodea aconsejan cautela. Si el objetivo primordial del periodista es dar sentido a la realidad y hacerlo sin desfigurar la verdad, el reto que tenemos sobre la mesa incluye una variedad de factores tan diversos que estamos obligados a la humildad. En cualquier caso, si consideramos el periodismo político en la España de los últimos años, deberemos admitir que conviven paradigmas tradicionales junto a planteamientos que tratan de atrapar la atención mediante estrategias que, algunas veces, anulan o desdibujan la labor del profesional en beneficio de una suerte de populismo mediático, basado en otorgar a las fuentes y a los públicos un estatuto tan inter-

vencionista en el relato que la mediación se convierte en simple transmisión sin contexto. Tales desplazamientos pueden ser inadvertidos en la medida en que se producen como algo habitual y rutinario, como una forma de *participación* que se presenta acríticamente y como un elemento forzosamente positivo para el periodismo y la audiencia.

La democracia española no pasa por su mejor momento y los medios de comunicación no son ni pueden ser ajenos a esta realidad. ¿Qué porción de responsabilidad tiene el periodismo (empresas y profesionales) en este cuadro de disfunciones y averías? Medirlo es tarea harto difícil y escapa al propósito de esta aportación. Lo único que podemos afirmar es que el periodismo debe hacer su propia autocrítica, sin dramatismos ni gesticulaciones, para contribuir a mejorar la calidad del diálogo democrático, lo cual concierne a los políticos, a los funcionarios, a los dirigentes de la sociedad civil y a los ciudadanos en general. Este compromiso de permanente revisión de nuestra labor es la mejor manera de ejercer como ciudadanos y profesionales de la información.

Referencias

Innerarity, Daniel (2004). *La sociedad invisible*. Madrid: Espasa Calpe SA.

Referencia de este artículo

Álvaro, Francesc-Marc (2013). Democracia acelerada y periodismo bajo sospecha. En: *adComunica. Revista Científica de Estrategias, Tendencias e Innovación en Comunicación*, nº6. Castellón: Asociación para el Desarrollo de la Comunicación adComunica, Universidad Complutense de Madrid y Universitat Jaume I, 225-228. DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/2174-0992.2013.6.13>